

Geografías diseminadas: Estética performativa en escritoras colombianas contemporáneas

Lina Marcela Duque Ossa / *Universidad Tecnológica de Pereira*

Introducción

En el mundo contemporáneo, la obra de arte ha desbordado los límites de un formalismo que reducía su dimensión estética a la forma y la separaba de las matrices culturales. En su lugar, se ha vuelto urgente un acercamiento desde las artes a las realidades históricas, políticas y afectivas, sin renunciar a la potencia simbólica y poética de la literatura. El arte se desplaza así hacia lo político y lo vivencial sin renunciar a su capacidad de producir experiencia estética.

Desde esta perspectiva, resulta pertinente partir de la noción de una estética performativa, entendida como una práctica estética que produce efectos sobre la sensibilidad, el cuerpo y las formas de comprender el mundo. Su interés no radica únicamente en representar una realidad, sino en intervenirla desde la experiencia estética. El análisis de esta propuesta permite reconocer en lo performativo una apuesta crítica cuyo epicentro es el cuerpo mismo, entendido como fuerza capaz de perturbar las conciencias “tanto por el tema que trata como por la forma en que éste es abordado, lanzando de lleno a realidades humanas, demasiado humanas [...] Aquí lo que hay es cuerpo, y con él, hay precariedad, finitud, vitalidad: lo sangrante” (Miroslava Salcido 2018, 110-111).

Ahora bien, esta dimensión performativa se despliega con especial fuerza en la narrativa de un conjunto de escritoras colombianas contemporáneas, cuyas obras permiten pensar las relaciones entre cuerpo, territorio, memoria y violencia desde una sensibilidad crítica que desborda las representaciones tradicionales del espacio nacional. En este sentido, las novelas analizadas dialogan con lo que Dhondt y Mandolessi (2022) identifican como una nueva estética latinoamericana que hace visibles las matrices culturales de la violencia sin reproducir sus mecanismos de espectacularización. Como señalan los autores, “se observa en la producción cultural latinoamericana contemporánea una nueva estética que trabaja temas de violencia desde la sobriedad” (37). Más que reiterar el horror, estas escrituras desplazan la mirada hacia las condiciones históricas, afectivas y territoriales que lo hacen posible.

Esta sobriedad no debe entenderse como inhibición ni como gesto de neutralidad, sino como una decisión estética que renuncia al exceso para potenciar la experiencia del

lector. En este horizonte adquieren sentido las declaraciones de Margarita García Robayo acerca de la ausencia de mujeres en ciertos espacios de legitimación literaria. Al afirmar, “no creo realmente que las escritoras necesiten ser visibilizadas, porque son lo suficientemente buenas para que la gente las encuentre sin que nadie las apunte con un reflector” (Amaro 2019, 153). Con esta expresión, García Robayo desplaza la discusión de la representación hacia la potencia misma de su escritura. La presencia de las escritoras contemporáneas no depende de estrategias de visibilidad, sino de la fuerza crítica y estética de sus obras que emergen desde la memoria, el silencio y la experiencia corporal.

Este artículo se propone explorar la noción de estética performativa en la narrativa de escritoras colombianas contemporáneas, entendiendo que algunas de dichas obras performan un espacio liminar de relación entre geografía y experiencia humana que encuentran un marco de comprensión en la noción de antropogeografía. Aunque el concepto no es reciente, adquiere nuevas resonancias al ser puesto en diálogo con los estudios literarios. Como señala Posada (2020), se trata de una noción que “implica, en primer término, un conocimiento adecuado del medio en que le ha correspondido existir, en el doble aspecto natural y cultural” (176).

En este marco, el corpus analizado en el presente artículo está conformado por cuatro obras que, aunque presentan propuestas narrativas y estéticas diferentes, comparten una misma preocupación por explorar la relación entre cuerpo, territorio, memoria y violencia desde una perspectiva que desborda los imaginarios nacionales tradicionales. No constituyen las únicas manifestaciones de esta estética en la narrativa colombiana contemporánea, pero sí ofrecen un corpus particularmente representativo de una escritura en la que la geografía deja de ser escenario para convertirse en experiencia.

Cada una de estas novelas desarrolla esa preocupación desde una configuración espacial específica, lo que permite observar distintas modulaciones de la estética performativa, la antropogeografía y la sensibilidad postcolombiana que orientan este estudio. En *El asedio animal* de Vanessa Londoño (2021), se recuperan memorias de la violencia que afectan a comunidades marginadas estrechamente vinculadas a un entorno natural que opera como escenario, víctima y testigo del daño. En *El mar* de Margarita García Robayo (2019),

este ocupa el centro del relato como una presencia invasiva que asfixia y desborda a la narradora desde sus primeras memorias. En *Plaga* de Juliana Javierre (2021), las moscas se transforman en alegoría de la violencia como un agente contaminante que marca el destino de Emilia y de toda la población de Sopinga, sometida al abandono institucional. Finalmente, en *La perra* de Pilar Quintana (2017), la selva del Pacífico colombiano adquiere un papel central en la vida de Damaris, una protagonista enfrentada a la hostilidad de su entorno geográfico y a la de su propia interioridad.

La lectura conjunta de las obras mencionadas hace necesario precisar la categoría de sensibilidad postcolombiana que orienta este trabajo. Esta expresión no designa un período histórico ni una nueva identidad cultural. Se propone como una categoría analítica para nombrar un conjunto de escrituras que desplazan los imaginarios nacionales heredados mediante la reconfiguración de las relaciones entre cuerpo, territorio y memoria desde experiencias de violencia, desarraigo y precariedad.

A partir de esta definición, la hipótesis que orienta el artículo sostiene que las narraciones analizadas performan geografías diseminadas que encarnan un pensamiento crítico decolonial y configuran una sensibilidad postcolombiana. En lugar de reafirmar imaginarios nacionales, estas obras desplazan las formas tradicionales como se comprende el territorio, el cuerpo y la memoria, produciendo una experiencia estética que interpela al lector desde la fractura, antes que desde la representación.

Antecedentes

Con el propósito de situar esta investigación en el marco de los estudios recientes sobre literatura contemporánea y espacialidad, la revisión de antecedentes permitió identificar dos líneas principales de indagación. La primera reúne investigaciones que exploran las relaciones entre geografía y experiencia humana desde una perspectiva antropogeográfica; la segunda comprende los estudios que han desarrollado la estética performativa como una práctica que transforma la relación entre cuerpo, experiencia y representación.

En la primera línea, Rodríguez Aguilera (2024) propone la noción de geografías en duelo para referirse a espacios atravesados por pérdidas colectivas producidas por formas interrelacionadas de violencia, donde el cuerpo y el territorio quedan simultáneamente afectados por el dolor histórico. Esta perspectiva resulta especialmente significativa porque desplaza la comprensión del espacio como escenario para entenderlo como una dimensión constitutiva de la experiencia humana. En una dirección convergente, Coêlho y Santana (2023) muestran cómo la colonialidad continúa reproduciendo formas de exclusión mediante procesos de racialización y

control de los cuerpos, evidenciando la persistencia de matrices coloniales en las configuraciones contemporáneas del territorio.

Desde la reflexión aportada por las investigaciones, surgen los siguientes interrogantes que orientan el trabajo de análisis: ¿de qué manera las escritoras colombianas contemporáneas performan las relaciones entre cuerpo, territorio y experiencia?, y ¿qué configuración adquiere esa experiencia cuando es leída desde una estética performativa y una perspectiva decolonial?

En relación con la segunda línea, Citro y Rodríguez (2020) comprenden la estética performativa como una práctica que sitúa el cuerpo en el centro de la producción de conocimiento y cuestiona los dualismos heredados de la modernidad. Como afirman, el cuerpo constituye un “saber encarnado” (30) que permite comprender la experiencia más allá de los modelos racionalistas tradicionales. Esta perspectiva resulta fundamental para el presente estudio, pues permite pensar la escritura no solo como representación, sino como una práctica estética capaz de producir efectos sobre la sensibilidad del lector.

En el ámbito específicamente literario, Amaro (2019) ha mostrado cómo la escritura de Margarita García Robayo configura subjetividades nómadas atravesadas por la memoria, el desplazamiento y la extranjería. La autora sostiene que “la condición de extranjería o ajenidad es un rasgo que García Robayo comparte también con otras narradoras contemporáneas” (155), observación que permite comprender estas escrituras como formas de desplazamiento simbólico frente a las identidades nacionales estables. De manera convergente, Waldman (2016) señala que buena parte de las escritoras latinoamericanas contemporáneas se distancia de las búsquedas nacionalistas de generaciones anteriores, privilegiando experiencias fragmentarias, territorios periféricos y subjetividades desplazadas.

Estos antecedentes permiten comprender que las novelas analizadas no constituyen casos aislados, sino expresiones representativas de una corriente de la narrativa colombiana contemporánea en la que el territorio deja de funcionar como escenario para convertirse en una dimensión constitutiva de la experiencia. Los personajes ya no se definen por una pertenencia territorial estable; por el contrario, sus trayectorias muestran cómo cuerpo, memoria y espacio se producen mutuamente en contextos marcados por la violencia, el desarraigo y la precariedad.

Análisis conceptual y crítico de las obras seleccionadas

La lectura propuesta en este artículo se sostiene en la articulación de tres categorías conceptuales que orientan el

análisis del corpus: la estética performativa, la antropogeografía y la sensibilidad postcolombiana. Más que constituir conceptos aislados, conforman un mismo horizonte de interpretación que permite comprender cómo la narrativa de escritoras colombianas contemporáneas desplaza las formas tradicionales de representar el cuerpo, el territorio y la violencia.

En primer lugar, la noción de estética performativa se entiende como una práctica de arte-acción que produce pensamiento crítico mediante la experiencia estética. Esta elección conceptual privilegia el término arte-acción frente al de artivismo porque el interés del presente estudio no radica en comprender las obras desde su dimensión militante o activista, sino desde la capacidad de la escritura para producir acontecimientos sensibles que transforman la relación del lector con el mundo. Lo performativo no reside únicamente en aquello que el texto representa, sino en aquello que hace. Como sostiene Miroslava (2018), el performance sitúa el cuerpo como lugar donde convergen la precariedad, la finitud y la vitalidad, haciendo visible aquello que las estructuras culturales suelen ocultar. En esa misma dirección, Dhondt y Mandolessi (2022) afirman que el potencial del arte consiste en reconfigurar afectos y pensamientos al revelar las matrices culturales que producen y legitiman la violencia. Desde esta perspectiva, la literatura no reproduce el daño, sino que interviene críticamente en las formas de percibirlo.

En segundo lugar, la categoría de antropogeografía permite comprender que el territorio no constituye un escenario pasivo donde transcurren las acciones, sino una dimensión constitutiva de la experiencia humana. Retomando a Posada (2020), este concepto remite a la relación entre el ser humano, el medio natural y cultural en el que habita. Sin embargo, esta investigación amplía dicha noción a partir de la propuesta de Massey (2014), quien concibe el espacio como una red dinámica de interrelaciones, siempre abierta, múltiple y en permanente devenir. Desde esta perspectiva, los territorios que aparecen en las novelas no funcionan como paisajes identitarios, sino como espacios donde se configuran afectos, memorias y formas de subjetividad. La geografía deja de ser un fondo narrativo para convertirse en una experiencia performada por los cuerpos que la habitan.

Finalmente, estas categorías permiten proponer la noción de sensibilidad postcolombiana, entendida no como un período histórico ni como una nueva corriente literaria, sino como una forma de nombrar aquellas escrituras que cuestionan los imaginarios nacionales heredados de la modernidad colonial. Esta sensibilidad se nutre de la noción de liminaridad desarrollada por Bhabha (2002), para quien la nación deja de ser una totalidad homogénea y se revela como un espacio de diseminación donde emergen subjetividades desplazadas y memorias excluidas. Asimismo, dialoga con la poética de la desapropiación formulada por Rivera Garza (2019), que propone una escritura capaz de desarticular las gramáticas

del poder mediante el desplazamiento de las identidades fijas y la configuración de nuevas comunales narrativas. En esta dirección, la política de ubicación propuesta por Vivero (2008) recuerda que toda escritura parte de un cuerpo atravesado por marcas históricas, raciales, sexuales y territoriales, convirtiendo la experiencia corporal en un lugar privilegiado de enunciación crítica.

A partir de estas tres categorías, el análisis crítico examina cómo cada una de las obras seleccionadas moviliza, desde procedimientos narrativos específicos, una estética performativa de la experiencia, una configuración antropogeográfica del territorio y una sensibilidad postcolombiana que desestabiliza las formas tradicionales de representar la nación, el cuerpo y la memoria. Aunque no constituyen las únicas manifestaciones de esta sensibilidad en la narrativa colombiana contemporánea, estas obras ofrecen un corpus particularmente representativo por la manera en que sitúan el territorio como una dimensión constitutiva de la experiencia humana y convierten el cuerpo en el lugar desde el cual se problematizan la violencia, la memoria y el desarraigo.

Para comenzar, se parte de la hipótesis de que las cuatro obras movilizan una metodología implícita de decolonización que se despliega en los bordes de la relación entre geografía y experiencia humana. En ellas, la estética performativa opera como una práctica que produce una experiencia crítica en el lector; la antropogeografía permite comprender el territorio como dimensión constitutiva de la subjetividad; y la sensibilidad postcolombiana emerge cuando dichas relaciones desestabilizan los imaginarios nacionales heredados. Dhondt y Mandolessi (2022) afirman que “el potencial del arte consiste precisamente en reconfigurar los afectos y los pensamientos al poder visibilizar lo que está velado, como por ejemplo la matriz cultural que produce y promueve la violencia” (31). Esta concepción resulta especialmente pertinente para el corpus seleccionado, pues las cuatro novelas desplazan el interés desde la representación de la violencia hacia la experiencia afectiva que dicha violencia produce sobre cuerpos y territorios.

Desde esta perspectiva, las escritoras no se limitan a representar la violencia, sino que la interrumpen. De manera que visibilizan la espacialidad no como un ámbito fijo de identidad o apropiación, sino como territorio en constante mutación: espacios nómadas, desapropiados y en transformación. En este sentido, la performatividad de la escritura consiste precisamente en producir ese desplazamiento de la mirada del lector, mientras que la antropogeografía permite comprender por qué esos espacios participan activamente en la configuración de las subjetividades narradas.

En esta línea, Massey (2014) define el espacio como producto de interrelaciones dinámicas, siempre en proceso de devenir, nunca cerrado.

el espacio es el producto de interrelaciones. Se constituye a través de interacciones, desde lo inmenso de lo global hasta lo ínfimo de la intimidad [...] La multiplicidad y el espacio son co-constitutivos [...] implícitas en las prácticas materiales que *deben realizarse*, siempre está en proceso de formación, en devenir, nunca acabado, nunca cerrado. (Massey 2014, 104-105)

De ahí que las identidades que emergen en estas novelas sean performadas en diálogo con geografías afectivamente marcadas y en permanente transformación. Desde la perspectiva antropogeográfica, el territorio deja de ser un escenario para convertirse en una dimensión constitutiva de la experiencia, mientras que la estética performativa permite comprender cómo esa relación modifica la percepción del lector sobre los vínculos entre espacio y subjetividad.

La novela *El asedio animal* constituye el primer ejemplo de esta articulación entre estética performativa y antropogeografía.

Esta espacialidad se manifiesta con particular fuerza en la novela *El asedio animal* de Vanessa Londoño (2021). En una escena, Fernanda Huanci enuncia lo siguiente “Tenemos que pensar cerca del pensamiento del sol. Cargamos lo cabeza. Grabado a cabeza. ¿No cierto? No dice, este use zapatos. Este no. No. Eso no dice” (33). Estas palabras cuestionan la autoridad simbólica del Sol —figura central en la cosmovisión de las comunidades indígenas del país— y evidencian cómo el pensamiento humano impone lógicas de segregación. La narradora denuncia la deshonestidad moral de quienes se hacen ciegos ante la violencia que reproducen.

En una escena posterior, es Yarima otro personaje de la novela que descubre que la transformación de su cuerpo altera también su forma de habitar el espacio: “Me di cuenta de que en la mirada había desarrollado un doble fondo; una doble profundidad de impúber y de hembra que me transformaba, que ponía mi cara a la deriva... Fue ahí cuando tuve la primera sospecha de que tenía que empezar a esconderme de la gente del pueblo; de que tenía que esconderme de la gente del Torero”. (46-47).

La transformación que experimenta la narradora no responde únicamente al paso de la infancia hacia la feminidad. La aparición de ese “doble fondo” en la mirada inaugura una nueva forma de habitar el territorio, determinada por la violencia que regula los cuerpos femeninos. El descubrimiento del propio cuerpo implica, simultáneamente, el descubrimiento de que existen espacios donde ya no es posible permanecer sin riesgo. La necesidad de ocultarse “de la gente del Torero” —figura que condensa el poder armado sobre el territorio— revela que la geografía deja de ser un escenario exterior para convertirse en una fuerza que reorganiza la

experiencia corporal. La escritura performa así una subjetividad cuya relación con el espacio está atravesada por el miedo, la vigilancia y la amenaza, haciendo visible cómo cuerpo y territorio se producen mutuamente.

Dichas experiencias narradas por Londoño encuentran un correlato en la concepción relacional del espacio propuesta por Massey, que permite comprender cómo figuras como Fernanda Huanci y Yarima encarnan voces históricamente silenciadas. De manera que Vanessa Londoño crea un espacio narrativo donde confluyen memorias disidentes y lo territorial actúa como dispositivo de interpelación crítica a la mentalidad contemporánea.

En conjunto, ambas escenas revelan que la violencia no sólo organiza las relaciones sociales, sino también las formas de percibir y habitar el espacio. La racionalidad que enuncia Fernanda Huanci y el aprendizaje corporal de Yarima desplazan las coordenadas desde las cuales el territorio había sido comprendido como fundamento de identidad o pertenencia. En esa fractura comienza a configurarse la sensibilidad postcolombiana propuesta en este artículo, pues la novela no reconstruye una imagen alternativa de la nación, sino que la descompone desde cuerpos cuya experiencia ya no puede separarse de la violencia inscrita en el territorio.

Ahora bien, Massey (2014) afirma que “para que haya multiplicidad (y, por lo tanto, para que haya diferencia) debe haber espacio” (108). Esta afirmación rompe con la lógica de los sistemas cerrados y con los grandes relatos de la modernidad. Sostiene, en cambio, una apertura radical del futuro, entendida como condición de posibilidad para la diferencia. Esta concepción permite comprender por qué, en *El asedio animal*, el espacio no acompaña la experiencia de los personajes, sino que participa activamente en su constitución. De este modo, deja de ser un escenario donde ocurre la acción para convertirse en una dimensión que configura los cuerpos, los afectos y las memorias.

En la novela, esta concepción del espacio adquiere una forma narrativa concreta. El territorio deja de operar como soporte de una identidad estable para convertirse en una experiencia atravesada por relaciones de poder que modelan el cuerpo y reorganizan la percepción del mundo. La violencia no actúa únicamente sobre los sujetos; modifica también las posibilidades de habitar el espacio y, con ello, las formas de sentir, recordar y pertenecer. La crítica al pensamiento moralizante deja entonces de ser exclusivamente ética para convertirse en una crítica de los regímenes espaciales que producen exclusión.

Esta dimensión de la estética performativa se demuestra claramente en la obra de Vanessa Londoño al desarmar la moral como saber unívoco. En su lugar, propone un pensamiento arborescente, interconectado y vivencial. No se impone una verdad, sino que se ofrece una experiencia afectiva

que resiste la normalización. La estética performativa aquí no se limita a representar la violencia, sino que produce en el lector una experiencia sensible que cuestiona las matrices morales desde las cuales ha sido legitimada.

De este modo, la novela demuestra una primera modulación de la hipótesis que orienta este estudio: la transformación simultánea del cuerpo, del territorio y de la sensibilidad constituye un mismo acontecimiento performativo. Esta articulación reaparece en las demás novelas del corpus bajo configuraciones distintas.

La primera de esas variaciones se desarrolla en *El mar*, donde Margarita García Robayo desplaza el problema hacia una crítica de los esencialismos territoriales y culturales que identifican el origen con la identidad.

En una escena la narradora dice: “Yo no vacacionaba porque en muchas culturas —casi todas— eso significa irse al mar. Yo crecí en el mar, es decir que crecí de vacaciones. Cuando abandoné mi ciudad costera pensé que lo mejor que podía pasarme era vivir en un lugar alejado de la playa y dedicar menos horas al pensamiento ocioso y cíclico. Lo primero sucedió, lo segundo no. Crecer mirando el agua, aspirando el salitre y buscando la sombra te condena a la divagación inconducente. Y, de algún modo, de eso vivo”. (7)

Esta escena no construye el mar como un lugar de pertenencia, sino como una experiencia que permanece inscrita en el cuerpo incluso cuando el territorio ha sido abandonado. El desplazamiento geográfico no implica la desaparición del origen, pero sí transforma su estatuto: deja de funcionar como fundamento de la identidad para convertirse en una disposición perceptiva desde la cual la narradora continúa habitando el mundo. La escritura performa así una memoria espacial que no fija al sujeto en un lugar, sino que muestra cómo cuerpo y territorio permanecen vinculados a través de la experiencia.

Continúa con ello, en un diálogo sostenido con su médico, donde nuevamente la narradora —mujer caribeña— desestabiliza dicho estereotipo profundamente arraigado: “Cuando estaba embarazada de mi hijo V, el médico me recomendó nadar. —No sé nadar, doctor. —¿Una caribeña que no nada? —Odio el mar. —¿Una caribeña que odia el mar?” (García Robayo, 2019: 6). Un gesto, desde el cual se genera una ruptura con la naturalización del arraigo territorial. El mar —símbolo nacionalista— se vuelve aquí una presencia extraña e incluso violenta. Por lo tanto, el relato niega esa conexión y activa una reflexión sobre los modos en que se imponen las identidades geoculturales.

La incredulidad del médico revela hasta qué punto el origen opera como una categoría normativa. La imposibilidad de aceptar que una mujer caribeña no nade o incluso deteste el mar pone en evidencia que la pertenencia territorial continúa funcionando como un régimen de identificación que

antecede a la experiencia del sujeto. En esta narración García Robayo desarticula precisamente esa lógica al mostrar que el vínculo con el territorio no responde a una esencia cultural, sino a una relación conflictiva, móvil y contingente.

Este gesto de desapropiación del origen desmonta las categorías fijas de pertenencia. El espacio no es contenedor, sino un proceso abierto. Es por esto que *El mar* evidencia como la memoria deja de aparecer como herencia para convertirse en una práctica de relectura del territorio. Esta relectura del origen no constituye únicamente una experiencia individual. Sino que pone en cuestión las genealogías desde las cuales se han construido las pertenencias colectivas, aspecto que dialoga con la observación de Anderson (2021) “unas tragedias históricas que nos tienen que recordar incesantemente” (279) y que son asumidas como “nuestras”.

Desde esta perspectiva, la antropogeografía deja de remitir al origen como identidad fija y se convierte en el espacio donde las relaciones entre cuerpo, memoria y territorio son continuamente reconfiguradas por la experiencia narrativa. Esta tensión es precisamente la que García Robayo evidencia en la experiencia de su narradora, cuya relación con el mar nunca puede reducirse a una identidad de origen.

De ahí que uno de los modos en que la escritura contrarresta esta vertiente narrativa oficial sea el reconocimiento de la coexistencia de historias relativamente autónomas que reconfiguran el espacio desde una perspectiva liminar. Todo ello adquiere una dimensión crítica porque, como plantea Bhabha (2002), lo liminar constituye el espacio donde los pueblos subalternizados negocian sus formas de existencia.

En este sentido, la escritura no constituye un ejercicio meramente representacional, sino una práctica que interrumpe las dicotomías entre centro y periferia, origen y desplazamiento. Esta desestabilización de las jerarquías espaciales constituye uno de los rasgos de la sensibilidad postcolonial que aquí se propone, pues cuestiona los imaginarios nacionales construidos desde un centro que históricamente ha definido quién pertenece y bajo qué condiciones. En lugar de reproducir esas geografías jerarquizadas, las novelas analizadas concuerdan en situar la experiencia del sujeto en un espacio relacional donde el territorio deja de operar como fundamento de identidad para convertirse en una experiencia siempre abierta, conflictiva y contingente.

La tercera modulación de esta hipótesis se desarrolla en *Plaga* de Juliana Javierre (2021), donde la comprensión del espacio como una dimensión constitutiva de la experiencia alcanza una de sus expresiones más radicales. Si *El mar* desarticulaba el origen como fundamento de la identidad, *Plaga* radicaliza esa ruptura al mostrar que la devastación del territorio transforma la experiencia misma de habitar. La interrupción de las dicotomías entre centro y periferia, pertenencia y expulsión ya no conduce únicamente al

desplazamiento territorial o a la fractura identitaria, sino a una expulsión simbólica de la historia y de la posibilidad misma de habitar.

Como se refleja en el siguiente pasaje de la novela, “¿Y si en vez de moscas ahora estaba llena de sapos? Sacudió la cabeza. La Abuela tenía razón en estar molesta. Ya nada les pertenecía. Ni la casa, ni la tierra, ni el agua. Ruinas” (67). La escena materializa precisamente aquello que la antropogeografía permite pensar: cuando el territorio deja de ser soporte de la vida, también se fractura la experiencia del sujeto que lo habita.

En esta escena, la escritora performa el exilio de la tierra misma, mostrando que no hay un lugar compatible con la vida, no hay refugio, no hay seguridad. Lo que queda es el residuo, la ruina, como signo de una devastación ontológica. El adjetivo “ruinas” adquiere aquí un valor estético y político, pues condensa el colapso total del espacio como matriz de subjetividad.

La historia ya no es un relato compartido ni una memoria legible, sino un espacio deshabitado, erosionado por la violencia y el olvido. Esta dimensión de vacío se profundiza cuando la narración continúa diciendo “La garganta parecía no responder a un resentimiento de siglos. Negro resentimiento. “¿Me oirán si grito?”, se preguntaba Emilia. La respuesta era que no” (Javierre, 2021: 67-68). Desde la estética performativa, el silencio deja de ser un recurso narrativo para convertirse en una experiencia que interpela al lector. No es aquí una pausa, sino la constatación de una soledad absoluta. El interrogante ¿me oirán si grito? condensa la angustia de quien ha sido excluida incluso de la posibilidad de ser escuchada.

Esta escena pone en evidencia la dimensión ontológica del destierro como algo que no sólo evoca a quien ha perdido un lugar que habitaba antes, sino también como la pérdida de la relación con el otro, con la historia y con el lenguaje. Lo que se performa en *Plaga* es, entonces, una forma radical de desarraigo que implica la reducción del tiempo y del espacio al yo en su vacío, al sujeto en ruinas. No hay nadie más. No hay relato que pueda sostener el grito.

Emilia encarna una subjetividad profundamente desterrada, cuyo dolor no busca representación, sino que emerge como una pregunta sin respuesta, un eco sin resonancia. Esta noción de ruina —más allá de su valor descriptivo— se convierte en una estética del despojo total, en un performance narrativo del destierro. No se trata únicamente de la pérdida de la tierra como bien físico, sino de la fractura radical del lazo entre espacio y subjetividad. La casa, el paisaje y el lenguaje mismo han sido erosionados, dejados sin arraigo. La historia se transforma en un páramo: no hay memoria colectiva posible porque no hay comunidad que la sostenga. Como se refleja en el siguiente apartado de la novela:

“¿Y Dios?”. Ni siquiera al Padre le respondía Dios ni le daba una señal sobre dónde podía estar. Tan manchada estaba la iglesia como el resto del pueblo desde el día en el que los sapos habían osado pisar el suelo sagrado para acabar con las hostias y arruinar el vino reservado para la Santa Misa. El pueblo gemía, rebuznaba. (Javierre, 2021: 68)

La devastación alcanza incluso los espacios tradicionalmente asociados con la comunidad y el amparo simbólico. El territorio aparece completamente desarticulado, no solo en términos materiales, sino también espirituales y afectivos. Además, la irrupción de lo no-humano —moscas, sapos— en *Plaga* no solo actúa como agente contaminante o alegoría de la violencia, sino que desplaza al sujeto de su centro ontológico. El espacio ya no está hecho para el humano, ni siquiera como lugar de dominio, en cambio, lo invaden lo abyecto, lo residual, lo posthumano. La tierra ha dejado de ser hogar; ya no ofrece cobijo ni sentido. Lo que resta es la imposibilidad misma de habitar.

La escena permite comprender la convergencia de las tres dimensiones que orientan este estudio. La devastación del territorio produce una experiencia sensible del despojo (estética performativa), transforma radicalmente la relación entre cuerpo y espacio (antropogeografía) y sitúa la escritura en la fractura misma de la nación (sensibilidad postcolombiana). Así, Juliana Javierre construye una narrativa que performa un exilio también lingüístico, histórico y existencial.

La fractura territorial que la novela pone en escena no supone únicamente la pérdida de un lugar para habitar; implica también la diseminación de los signos que habían sostenido la idea de nación. La casa, la tierra, el lenguaje, la comunidad e incluso el espacio sagrado dejan de organizar una experiencia compartida y aparecen como fragmentos incapaces de restituir una pertenencia estable. Es precisamente en este punto donde la noción de disemNación propuesta por Bhabha (2002) adquiere fuerza explicativa. Como señala el autor, “sólo mediante el proceso de la disemNación [...] la alteridad radical de la cultura nacional creará formas nuevas de vivir y escribir” (Bhabha 2002, 204). La novela de Javierre materializa esta operación al mostrar que la nación ya no puede narrarse como una totalidad coherente, sino desde territorios fracturados donde los signos tradicionales de identidad se dispersan y se reconfiguran desde la alteridad. En este sentido, las “geografías diseminadas” que propone este artículo no aluden únicamente a espacios fragmentados, sino a una forma de escritura que descompone las cartografías nacionales para hacer visibles otras maneras de habitar, recordar y narrar el territorio.

La cuarta y última modulación de esta convergencia se desarrolla en *La perra* de Pilar Quintana. Si en *Plaga* el territorio aparece devastado hasta volver imposible el habitar, en

la novela de Quintana la geografía ya no solo configura la violencia o la ruina, sino también el deseo. El espacio deja de actuar exclusivamente como escenario del conflicto para convertirse en la fuerza que modela la intimidad, mostrando que incluso el deseo adquiere una geografía.

Es precisamente desde esta reconfiguración del espacio donde *La perra* lleva la hipótesis del presente estudio a su formulación más acabada. La novela muestra que la geografía no solo participa en la constitución de la experiencia corporal, sino que modela también la vida afectiva y el deseo. En este sentido, Damaris encarna una subjetividad fracturada, desplazada del centro normativo de lo femenino, de la maternidad y de la identidad nacional. La selva, hostil y desequilibrante, deja de operar como un simple escenario o como un símbolo del conflicto para convertirse en un organismo vivo que reorganiza la percepción del mundo. Esta convergencia entre cuerpo, territorio y deseo se materializa con particular intensidad en la siguiente escena:

Damaris tuvo que devolverse sola por una selva que le pareció más cerrada y oscura que nunca. Arriba las copas de los árboles se juntaban y abajo cruzaban sus raíces. Los pies se le enterraban en la alfombra de hojas muertas del suelo y se sumían en el barro y ella empezó a sentir que la respiración que escuchaba no era suya sino de la selva y que era ella —y no Nicolás— la que se estaba ahogando en un mar verde repleto de hormigas y plantas. Quiso huir, perderse, no decirle nada a nadie y que la selva se la tragara. (Quintana 2017, 31)

En esta escena la selva deja de funcionar como un paisaje para convertirse en una fuerza que invade el cuerpo y reorganiza la experiencia sensible de Damaris. La respiración ya no le pertenece; el límite entre el cuerpo y el territorio se desdibuja hasta hacer que ambos participen de un mismo proceso de transformación. La geografía no acompaña la angustia del personaje, sino que la produce, modificando sus posibilidades de habitar y de percibirse a sí misma. Es precisamente en esta fusión donde la novela alcanza una de las expresiones más complejas de la antropogeografía propuesta en este estudio: el territorio deja de ser exterior al sujeto para convertirse en la materia misma desde la cual se configura el deseo, el miedo y la identidad.

Esta experiencia se intensifica a través del deseo de maternidad, que no aparece como un conflicto psicológico aislado ni como un simple mandato social, sino como una fuerza que reorganiza la relación de Damaris consigo misma y con el territorio que habita. Quintana desplaza la maternidad del plano de la representación hacia el de la experiencia corporal. El deseo deja de permanecer en la intimidad del personaje para extenderse sobre toda su existencia, modificando la forma en que percibe el paisaje, los vínculos y su propio

cuerpo. En este sentido, el deseo también adquiere una dimensión antropogeográfica, puesto que invade, desborda y transforma el espacio de la misma manera en que la selva invade, asfixia y amenaza con devorar a quien la atraviesa.

La experiencia del desarraigo no se limita, sin embargo, a la relación de Damaris con la selva. La fractura alcanza también la forma en que la protagonista experimenta su propio cuerpo. El deseo de maternidad deja de aparecer como una expectativa individual para convertirse en una violencia simbólica que reorganiza completamente su identidad. Quintana concentra esa experiencia en uno de los enunciados más contundentes de la novela: “Damaris ni siquiera tuvo un atraso, y el jaibana les dijo que ya no podía hacer más por ellos [...] y ella se sintió liberada, pero al mismo tiempo derrotada e inútil, una vergüenza como mujer, una piltrafa de la naturaleza” (Quintana 2017, 24).

La fuerza de esta escena reside en que Damaris no se define como una mujer infértil, ni como una mujer fracasada. Se nombra, en cambio, *una piltrafa de la naturaleza*. Esta formulación desplaza el conflicto del plano psicológico al ontológico. El cuerpo deja de pertenecerle para ser juzgado desde un orden natural que determina su valor a partir de la capacidad reproductiva. La violencia ya no proviene únicamente del entorno social; ha sido interiorizada hasta convertirse en la forma misma en que el sujeto se percibe.

Desde la estética performativa, Quintana no representa únicamente este mandato cultural, sino que hace experimentar al lector la violencia que produce. El cuerpo femenino deja de ser objeto de contemplación para convertirse en el lugar donde se inscriben los efectos materiales de una norma que naturaliza la maternidad como destino. En consecuencia, el deseo deja de comprenderse como una emoción privada y comienza a reorganizar la relación entre cuerpo, territorio y afecto.

En este punto la novela revela que el deseo también posee una geografía. Ya no permanece contenido en la interioridad de Damaris, sino que invade su experiencia del mundo. Así como la selva altera el cuerpo que la atraviesa, el deseo transforma la percepción del espacio, reorganiza los vínculos y modifica la relación de la protagonista consigo misma. La antropogeografía deja entonces de nombrar únicamente la interacción entre sujeto y territorio para designar la forma en que los afectos producen nuevas configuraciones del espacio vivido.

El vínculo con Chirli profundiza esta deriva. La perra aparece inicialmente como una posibilidad de reinscribir el afecto allí donde la maternidad biológica ha fracasado. Sin embargo, conforme el deseo continúa desplazándose y acumulando frustración, también ese vínculo termina siendo absorbido por la misma lógica devastadora que atraviesa la novela. La muerte de Chirli no constituye únicamente un acto

de violencia, sino el colapso definitivo de toda posibilidad de reparación. La escritura performa así una subjetividad incapaz de encontrar un lugar estable desde el cual recomponer las pérdidas que han marcado la existencia de Damaris —la muerte de su madre, la desaparición de Nicolasito, la imposibilidad de la maternidad—. Más que resolver el conflicto, Quintana muestra cómo el vacío termina reorganizando la experiencia del cuerpo, del afecto y del territorio.

Aquí, el paisaje desplaza al sujeto. El yo ya no respira ni actúa autónomamente, sino que se disuelve en una geografía que también ha dejado de ser estable. Esta extranjería entre cuerpo, deseo y lenguaje constituye la materia misma de la estética performativa. La novela no representa el daño; lo encarna. No denuncia únicamente la violencia; transforma la sensibilidad del lector frente a ella. Es precisamente desde esta fractura donde comienza a hacerse visible la sensibilidad postcolombiana que atraviesa las obras analizadas, pues el cuerpo, el territorio y la memoria ya no pueden sostener las promesas de pertenencia sobre las cuales se edificó el imaginario nacional.

La experiencia de Damaris permite comprender que estas narrativas no buscan representar la nación ni restaurar una identidad perdida. Por el contrario, escriben desde la ruina y la disonancia. Como plantea Bhabha (2002), la nación deja de presentarse como una totalidad homogénea para revelarse como un espacio atravesado por subjetividades desplazadas y memorias excluidas. En esta misma dirección, la poética de la desapropiación propuesta por Rivera Garza (2019) permite comprender cómo Quintana desarticula las formas tradicionales de pertenencia sin sustituirlas por una nueva identidad estable. La escritura no recompone el mundo; lo descentra. En esa desposesión emerge una sensibilidad postcolombiana donde cuerpo, territorio y deseo permanecen abiertos, incompletos y en permanente desplazamiento.

La articulación entre memoria, liminaridad y espacio como multiplicidad genera apertura a una dimensión más profunda como las subjetividades políticas que emergen en tensión con las geografías que habitan. Por ello, resulta pertinente situar estas escrituras desde una sensibilidad postcolombiana, puesto que participan en la producción de nuevas formas de interacción como “parte integral de la producción de la sociedad” (Massey 2014, 123), en la medida que, no sólo recuperan memorias, sino que reconfiguran vínculos entre cuerpos y geografías. En consecuencia, este acto narrativo inscribe dicha sensibilidad que defiende el lugar de la escritura como un espacio de subjetividad disidente y geografía diseminada.

Esta comprensión del territorio implica abandonar toda concepción esencialista del espacio. No se trata de una unidad cerrada ni de una noción abstracta de pluralidad, sino del reconocimiento de la densidad política de cada configuración territorial. Las identidades no preexisten al espacio, sino que se constituyen en relación con él. Como sostiene

Velásquez (2013), retomando a Massey y a Rancière, es necesario visibilizar “la parte de los sin parte”, pues las “aperturas, que son espacios ganados, lugares contruidos a través del antagonismo, permiten —al menos como posibilidad— subvertir el significado de una literalidad a través de la perturbación” (73). En este sentido, las obras analizadas revelan un ejercicio de escritura desde geografías diseminadas, es decir, desde territorios descentrados, violentados o en ruinas que hacen posible la emergencia de subjetividades liminares y de nuevas subjetividades políticas (Massey 2014, 107).

Esta escritura desde la fractura dialoga también con la pregunta formulada por Cristina Rivera Garza (2019) ¿cómo desarticular la gramática del poder en las sociedades contemporáneas?, quien retomando el concepto de necropoder alude al dominio de la muerte como forma de soberanía que desubjetiviza: “El Estado contemporáneo [...] saca al sujeto del lenguaje, transformándolo de un hablante en un viviente. El que, horrorizado, abre los ojos, incapaz de responder ante los embates de la violencia” (11). Frente a ello, propone una poética de la desapropiación que viene a ser una escritura que no afirma la identidad, sino que la descoloca. Se trata de “una interdependencia mutua con respecto al lenguaje [...] que busca enfáticamente desposeerse del dominio propio, configurando comunalidades de escritura” (12).

Es precisamente en este punto donde la noción de sensibilidad postcolombiana adquiere su mayor potencia interpretativa, pues las narrativas analizadas no reafirman una subjetividad nacional ni repiten lo identitario; por el contrario, producen un gesto de desposesión, de desplazamiento del yo y de invención de comunalidades narrativas. Desde esta sensibilidad, las obras no apelan a la identificación del lector con un ideal nacional; por el contrario, lo interpelan, lo descentran y lo incomodan. En consecuencia, sus tramas performan una resistencia formal capaz de producir nuevas constelaciones afectivas, estéticas y políticas.

A la luz del recorrido realizado y de la articulación entre estética performativa, antropogeografía y sensibilidad postcolombiana, es posible afirmar que las obras seleccionadas performan cuatro dimensiones críticas de la subjetividad contemporánea. En primer lugar, desarticulan el pensamiento moralizante al proponer una experiencia afectiva y encarnada (Vanessa Londoño). En segundo lugar, cuestionan las nociones fijas de origen mediante la desapropiación del arraigo (Margarita García Robayo). En tercer lugar, elaboran una estética de la ruina y del exilio, donde el lenguaje se agota (Juliana Javierre). En cuarto lugar, performan el deseo como fuerza errante que revela la falta constitutiva del sujeto (Pilar Quintana).

En este sentido, no son escrituras ajenas a su tiempo, sino que responden a una época de colapso de los relatos nacionales, precarización de la vida y violencia sobre los cuerpos. De manera que estas escritoras no buscan restaurar el sentido,

sino resistir desde la fisura. No ofrecen modelos identitarios, sino que visibilizan lo que duele, lo que falta. Por consiguiente, lo performativo actúa sobre la sensibilidad política del lector, porque lo descentra y lo sacude.

La articulación entre estas tres categorías permite comprender que el aporte de estas narrativas no consiste únicamente en tematizar la violencia o el territorio, sino en transformar la experiencia misma de leerlos mediante una escritura que performa nuevas relaciones entre cuerpo, espacio y memoria.

Volver sobre estas escrituras como comunalidades implica leerlas como geografías diseminadas que producen una crítica radical a los imaginarios dominantes. No hay en ellas reproducción de nación, sino excavación de memorias soterradas. Su apuesta no consiste en representar el país, sino en interrumpir las formas heredadas de imaginarlo.

En esa interrupción se configura lo que este artículo ha denominado una sensibilidad postcolombiana. La hipótesis planteada encuentra así su demostración en un corpus que, mediante procedimientos narrativos diversos, performa una misma reconfiguración de las relaciones entre cuerpo, territorio y memoria. Aunque cada novela desarrolla una modulación distinta —la crítica moral, la desapropiación del origen, la estética de la ruina o la geografía del deseo—, todas coinciden en desplazar el territorio de su función representacional para convertirlo en una experiencia que produce subjetividad. En síntesis, estas narrativas no representan la geografía colombiana como un escenario, sino que la performan como una experiencia crítica.

Cierre y conclusiones

El recorrido analítico desarrollado hasta aquí permite afirmar que las narraciones estudiadas configuran una cartografía literaria que desborda los márgenes de la representación tradicional en la literatura colombiana. Lejos de reproducir una narrativa nacionalista o identitaria, estas escritoras operan desde una sensibilidad estética que interpela al lector desde la fisura, el desarraigo y la ruina. Lo que se propone no es una restauración simbólica del sentido, sino una práctica crítica que desestabiliza los imaginarios dominantes sobre el cuerpo, el territorio y la memoria.

El análisis de las obras de Vanessa Londoño, Margarita García Robayo, Juliana Javierre y Pilar Quintana ha permitido identificar cuatro ejes performativos: la desarticulación del pensamiento moralizante, la desapropiación del origen, la estética de la ruina y el deseo como fuerza errante. Estas dimensiones no se presentan de manera aislada, sino que se entretajan en una escritura que interrumpe el relato moderno de nación para abrir paso a subjetividades liminares, cuerpos descentrados y geografías diseminadas.

En todas ellas, el territorio deja de funcionar como escenario para convertirse en una dimensión constitutiva de la experiencia humana, haciendo visible que cuerpo, espacio y memoria se producen mutuamente. Esta co-constitución constituye el núcleo de la perspectiva antropogeográfica desarrollada en este trabajo, pues permite comprender que la violencia no actúa únicamente sobre los sujetos, sino sobre las condiciones mismas de habitabilidad del espacio, reorganizando las formas de percibir, habitar y narrar el territorio.

En ese marco, la propuesta de pensar estas obras desde una sensibilidad postcolombiana ha permitido sostener que no se trata solo de una crítica temática, sino de una intervención formal, simbólica y política. Estas narrativas despojan al lenguaje de su pretensión de transparencia y lo convierten en campo de tensión, desposesión y reapropiación. Es en ese espacio donde se inscriben nuevas comunalidades afectivas que configuran modos alternativos de pertenecer, de narrar y de habitar el mundo.

Así, la estética performativa y la perspectiva antropogeográfica que atraviesan estas escrituras posibilitan una literatura que no es solo testimonio ni representación, sino acción crítica encarnada. En un presente marcado por el colapso de los grandes relatos, la violencia estructural y el desarraigo, estas autoras ofrecen una apuesta por lo que aún puede conmover, sacudir e imaginar formas de vida fuera de los moldes instituidos. Una escritura, en suma, que no busca cerrar la herida, sino hacerla hablar.

En este sentido, la sensibilidad postcolombiana que atraviesa las obras analizadas no debe entenderse como una categoría cerrada ni como un nuevo marco identitario, sino como una disposición crítica que emerge **en la tensión** entre cuerpo, lenguaje y territorio. Se trata de una sensibilidad que renuncia a la promesa de totalidad y a la coherencia narrativa de la nación, para situarse en la experiencia fragmentaria, afectiva y precaria de sujetos que habitan geografías erosionadas por la violencia histórica, el abandono institucional y la colonialidad persistente. Estas escrituras no buscan representar “lo colombiano”, sino desactivar su gramática, mostrando cómo la nación se fisura cuando es narrada desde los márgenes.

Así las cosas, la literatura se configura como una práctica de intervención simbólica que no opera desde la denuncia explícita ni desde la pedagogía moral, sino desde una política de la incomodidad. La performatividad de estas narrativas reside en su capacidad para producir efectos sensibles que afectan al lector, desplazándolo de posiciones de reconocimiento identitario hacia zonas de extrañamiento, opacidad y ambigüedad. El cuerpo —herido, errante, deseante o en ruinas— no aparece como objeto de representación, sino como superficie de inscripción donde se cruzan memorias históricas, afectos y regímenes espaciales de poder.

Asimismo, la lectura antropogeográfica desarrollada en este trabajo permite afirmar que el territorio deja de funcionar como un soporte fijo de identidad para devenir un campo relacional, atravesado por tensiones, expulsiones y reapropiaciones. Las geografías diseminadas que se performan en estas obras no remiten únicamente a espacios físicos fragmentados, sino a modos de habitar y narrar que cuestionan las lógicas de centralidad, pertenencia y arraigo. En este marco, el espacio no antecede a la subjetividad, sino que se co-constituye con ella, revelando la densidad política de cada configuración territorial.

Como proyección, este estudio invita a continuar explorando las relaciones entre literatura, espacialidad y afectividad desde enfoques interdisciplinarios que dialoguen con los estudios ambientales, las teorías del afecto y las perspectivas posthumanistas. Resulta especialmente pertinente ampliar el

corpus hacia otras autoras, géneros narrativos y producciones culturales contemporáneas que compartan esta sensibilidad de ruptura, así como examinar la forma en la que estas estéticas performativas circulan y se resignifican en contextos transnacionales.

Finalmente, este trabajo sugiere repensar la crítica literaria no solo como ejercicio hermenéutico, sino como práctica situada, capaz de reconocer su implicación en los regímenes de visibilidad y silenciamiento que atraviesan la producción cultural. Leer estas escrituras como geografías diseminadas implica asumir una ética en su lectura que esté atenta a la fisura, al resto y a lo que no se deja clausurar. En ese gesto, la literatura se afirma como un espacio de resistencia sensible y de invención política, donde aún es posible imaginar otras formas de habitar el cuerpo, el territorio y el lenguaje.

Obras citadas

- Amaro, Lorena. 2019. "Cualquier trazo en la tierra se borra cuando toca el agua": la escritura nomádica de Margarita García Robayo". *Revista Letral*, 22: 151-168. DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.v0i22.9259>.
- Anderson, Benedict. 2021. *Comunidades imaginadas, reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Segunda edición. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bhabha, Homi. 2002. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Ediciones Manantial SRL.
- Citro, Silvia y Manuela Rodríguez. 2020. "Materialidades afectantes, memorias reflexivas y ensayos performativos. Movilización de saberes encarnados en la universidad". *Ciencias Sociales y Educación*, 9(17): 23-56. <https://doi.org/10.22395/csye.v9n17a2>
- Coêlho, Jaqueline y Tiganá Santana. 2023. "Políticas de muerte y las respuestas estético-políticas de encantamiento". *LiminaR. Estudios sociales y humanísticos*, 21, 2: 10, <https://doi.org/10.29043/liminar.v21i2.997>.
- Dhondt, Reindert y Silvana Mandolessi. 2022. "Hacia una crítica afectiva de la violencia". En R. Dhondt, S. Mandolessi y M. Zícari (eds.), *Afectos y violencias en la cultura latinoamericana*: 13-47. Madrid: Iberoamericana.
- García Robayo, Margarita. 2019. "El mar" [EPub]. En *Primera persona*. Bogotá: Editorial Tránsito.
- Javierre, Juliana. 2021. *Plaga*. Bogotá: Seix Barral.
- Londoño, Vanessa. 2021. *El asedio animal*. Bogotá: Tusquets Editores.
- Massey, Doreen. 2014. "La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones". En L. Arfuch (ed.) *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*: 99-121. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Miroslava Salcido, Mónica. 2018. *Performance. Hacia una filosofía de la corporalidad y el pensamiento subversivos*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura / Centro Nacional de Investigación.
- Posada, Juan. 2020. "Nociones de antropogeografía". *Revista Institucional UPB*, 2(5): 176-197. <https://revistas.upb.edu.co/index.php/revista-institucional/article/view/4876>
- Quintana, Pilar. 2017. *La perra*. Bogotá: Penguin Random House.

- Rivera Garza, Cristina. 2019. *Los muertos indóciles. Necroescrituras y desapropiación* [EPub]. México: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Rodríguez Aguilera, Meztli Yoalli. 2024. “Geografías en duelo: cuerpos de agua, emociones y racismo ambiental en la Costa de Oaxaca, México”. *LiminaR. Estudios sociales y humanísticos*, 21(2), p.11. <https://doi.org/10.29043/liminar.v21i2.1024>
- Vivero Marín, Cándida Elizabeth. 2008. “El cuerpo como paradigma teórico en literatura”. *Revista de estudios de género La Ventana*, 3(28): 56-87. <https://doi.org/10.32870/lv.v3i28.972>
- Waldman, Gilda. 2016. “Apuntes para una cartografía (parcial) de la literatura latinoamericana a lo largo de los últimos cincuenta años. Del Boom a la nueva narrativa”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 61 (226): 355-378. [https://doi.org/10.1016/S0185-1918\(16\)30014-9](https://doi.org/10.1016/S0185-1918(16)30014-9)